

Miquel Siguan
Universidad de Barcelona

Objetos con mente como sujetos de la psicología

Si *Objetos con mente* se hubiese publicado en inglés y en Estados Unidos el nombre de Ángel Rivière estaría en todas las bocas y su libro sería una referencia obligada en cualquier discusión sobre el futuro de la psicología. Y con razón. Pues Rivière en forma brillante y con un notable dominio de las fuentes se propone mostrar cómo hay una línea que conduce del fracaso de la psicología introspectiva al conductismo y de éste al cognitivismo que se presenta así como un esfuerzo de síntesis entre propuestas antitéticas, manteniendo como en la primera época la especificidad de lo mental pero exigiendo como el conductismo el rigor de la objetividad. Y ya dentro del cognitivismo una evolución que va de una primera etapa de pretender explicar la totalidad de los procesos desde paradigmas exclusivamente formales a una etapa «semántica» en la que los significados se incluyen en las explicaciones y finalmente una etapa «conexionista» en la que es posible mostrar cómo el funcionamiento de la mente y el del cerebro se pueden subsumir bajo unos mismos principios. Lo que permite concluir que la psicología siempre se ha ocupado de los mismos temas pero sólo ahora está en condiciones de ofrecer explicaciones realmente científicas.

Pero como aquí no se trata de hacer una recensión del libro para destacar sus aspectos positivos sino de abrir un diálogo sobre un tema de actualidad voy a intentar exponer mis diferencias respecto al cognitivismo en general y respecto al que en el libro se presenta. Vaya por delante que no pongo en duda el carácter científico del cognitivismo ni los espléndidos logros que está consiguiendo pero que creo también que tiene limitaciones intrínsecas que más tarde o más temprano condicionarán su futuro. E intentaré señalarlas.

La era conductista

Cuando en 1960 preparaba las oposiciones a una cátedra universitaria de Psicología me vi obligado a reflexionar sobre la naturaleza de nuestra ciencia y llegué a la conclusión de que entre las varias corrientes psicológicas por aquel tiempo vigentes, la que mejor merecía el calificativo de psicología científica era el conductismo. Por aquellos días y en circunstancias similares tanto Mariano Yela como José Luis Pinillos llegaban a conclusiones parecidas.

Lo cual no dejaba de ser sorprendente. Pues aunque los tres trabajábamos en el Departamento de Psicología Experimental del CSIC la verdad es que nuestros contactos con el conductismo eran muy pequeños. Los tres, por otra parte, habíamos recibido una formación filosófica que podía hacernos recelar de las limitaciones de la doctrina iniciada por Watson. Pero, en mi caso al menos, fue

esta formación la que me permitió darme cuenta de la profunda coherencia entre los postulados de la ciencia y lo que luego se ha llamado el paradigma conductista.

El surgimiento de la ciencia moderna y con ello de sus objetivos se ha contado de distintas maneras, bien destacando la descomposición de las estructuras complejas en sus elementos físicos —atomismo— bien insistiendo en la formulación matemática de los procesos naturales. Por mi parte prefiero considerar que el primer detonante fue la eliminación de la finalidad, de las «causas finales», como explicación científicamente válida.

Para los físicos griegos las piedras caen porque se dirigen a su lugar natural que es el suelo, igual como para el humo su lugar natural es la altura. Y la flecha avanza porque se dirige hacia el blanco. Para Galileo, en los umbrales de la edad moderna, la piedra como la flecha no se dirigen a ninguna parte y la posición en cada momento se explica exhaustivamente por la situación en el momento anterior. La explicación científica es siempre explicación desde el pasado inmediatamente anterior y elimina cualquier apelación al futuro. Basta recordar las discusiones contemporáneas sobre la evolución y sobre su aparente direccionalidad para darse cuenta de que ésta es la cuestión fundamental.

Sobre el determinismo de la causalidad anterior —que los clásicos llamaban eficiente— se montó el espléndido edificio de la mecánica celeste y a su imagen se emprendió la explicación científica de toda la realidad física. Y los resultados están a la vista. La dificultad surgía al pretender aplicar esta manera de hacer ciencia al hombre. Pues si renunciar a la finalidad para explicar el movimiento de la piedra o de la flecha parece fácil, renunciar a la anticipación del futuro para explicar la conducta humana parece más que difícil imposible. ¿Cómo explicar lo que hace el hombre que vemos pasar ante nosotros si renunciamos a decir que va a alguna parte?

La explicación científica de la actividad humana se buscó entonces por otro camino, como subproducto del progreso de la explicación fisiológica. El materialismo del siglo XVIII divulgó la idea del «hombre máquina», igual como el animal, el hombre es una máquina muy compleja que se explica del mismo modo y con los mismos principios. Es cierto que el hombre piensa y es consciente, y entonces el problema es explicar desde la fisiología la conciencia y el pensamiento. Y toda la historia de la psicología en el siglo pasado gira en torno a este tema, de un lado los que consideran que esta explicación es posible y por otro los que creen que la reducción es imposible. Y si la reducción se considera imposible hay que acudir a las más variadas e ingeniosas teorías para explicar la influencia mutua o el paralelismo en la actividad.

Fue Watson quien apoyándose en antecedentes conocidos se decidió a romper este círculo estéril renunciando tanto a la fisiología como a la conciencia como puntos de partida. Frente al hombre que anda camino de la oficina o la rata que se recorre el laberinto en busca de la comida, de lo que se trata es de explicar científicamente su comportamiento sin acudir a un futuro anticipado. Y la explicación nos la ofrece la teoría del aprendizaje por condicionamiento de respuestas, la rata se dirige al término del laberinto no porque anticipe nada sino porque experiencias pasadas han establecido una cadena de asociaciones entre percepciones y movimientos, asociaciones pasadas que determinan su comportamiento

actual. Y uno puede sentirse más o menos satisfecho con esta explicación pero lo que es evidente es que es perfectamente coherente con los principios de la ciencia al mismo tiempo que se mantiene estrictamente dentro de los límites de la psicología sin apelar a ningún reduccionismo.

Claro que reconocer su legitimidad científica no quería decir estar de acuerdo con los resultados. Mariano Yela, en un lúcido artículo —«La estructura de la conducta»— que Rivière recuerda en su libro, señalaba lo que juzgaba insuficiente en la descripción conductista del comportamiento y expresaba la confianza en que el conductismo avanzaría en el reconocimiento de su globalidad y de su intencionalidad, algo que la doctrina de Tolman parecía anunciar.

El ascenso del cognitivismo

La verdad es que a pesar del optimismo de Mariano Yela las cosas no fueron por este camino y el conductismo mantuvo hasta el último momento sus planteamientos originales y los nuevos impulsos surgieron fuera de sus límites. Y resulta curioso recordar que cuando en la década de los 70 en España se creaban una tras otra Facultades de Psicología y la licenciatura en psicología crecía como la espuma, el conductismo tenía un prestigio indiscutido mientras en su país de origen estaba ya seriamente herido. En 1956 se había celebrado la célebre reunión del MIT sobre Teoría de la Información que es algo así como el acta de nacimiento de la nueva tendencia. El año siguiente Chomsky había publicado *Syntactic Structures* y en 1960, antes por tanto de las oposiciones a las que he hecho referencia, Miller había publicado *Plans and Structures of Behavior*, un libro que con razón Ángel Rivière considera emblemático de una etapa del cognitivismo. Y cuando en 1968 se creó entre nosotros la primera licenciatura en Psicología, en Estados Unidos se hablaba ya de la psicología cognitiva como de una manera de hacer psicología distinta de lo que constituía la corriente general. Una corriente general que aquí continuó indiscutida durante muchos años.

Probablemente porque la presión conductista se había mantenido durante tanto tiempo, la llegada del cognitivismo representó una bocanada de aire fresco. De golpe y después de mucho tiempo era posible ocuparse sin rubor de temas como las imágenes mentales o el lenguaje o incluso la conciencia, temas que parecen ineludibles en un estudio del hombre pero que o porque no eran experimentables con ratas o porque parecían implicar la introspección habían sido abandonados.

A primera vista la nueva corriente podía interpretarse como una ampliación tanto del campo como de la metodología de la psicología, algo como lo que Yela anunciaba en su artículo y Rivière insiste, como ya he señalado, en la continuidad entre las dos corrientes. Yo me permito disentir de este razonamiento. Para mí lo que separa sin remisión conductismo y cognitivismo es su manera de entender la explicación científica. En el conductismo la explicación corresponde siempre al mismo orden de realidades que lo explicado, una respuesta condicionada

es tan observable —es tan extensa— como la más compleja evolución de una rata en el laberinto. En cambio en el cognitivismo el algoritmo que da razón de la actividad lingüística o de la resolución de problemas es de un orden de realidad totalmente distinta. Sin demasiada exageración podríamos decir que detrás del conductismo y como modelo está la mecánica, mientras detrás del cognitivismo está la gramática o más exactamente la sintaxis o, si se prefiere, la lógica. Con lo cual el cognitivismo lejos de ser revolucionario enlaza directamente con la filosofía racionalista europea como por otra parte es evidente en el caso de Chomsky. Pero con ello llego a los aspectos en los que querría marcar mis distancias.

Una psicología intelectualista

Si un psicólogo contemporáneo lee el *Peri Psyxes*, el tratado de Aristóteles sobre psicología, y no se asusta por el vocabulario, descubrirá que todo lo que allí se dice sobre el conocimiento, desde las sensaciones hasta los conceptos y el conocimiento abstracto, podría ser asumido o al menos discutido por la psicología moderna. En cambio lo que dice Aristóteles sobre otras dimensiones del comportamiento humano, la afectividad y las distintas formas de la actividad, desde el instinto a la acción voluntaria, es mucho menos consistente y hoy tiene un interés meramente histórico. La psicología de Aristóteles es una psicología intelectualista que se ocupa fundamentalmente del hombre como animal racional, como ser que conoce. Y prácticamente toda la filosofía occidental y toda la psicología que, queriéndolo o no, se ha inspirado en ella ha sido igualmente una psicología intelectualista. Con algunas excepciones por supuesto, la filosofía romántica y la psicología que se inspira en ella centrada en la expresividad y la creación. Y Freud al que alguna vez se ha calificado de último romántico. Pero son excepciones que confirman la regla.

El cognitivismo representa así una vuelta a esta antigua tradición. El ratón en el laberinto, por poco humano que fuese su comportamiento, tenía hambre y sed y experimentaba impulsos sexuales e incluso movimientos de curiosidad y sentía satisfacciones y decepciones, en cambio los humanos de los experimentos cognitivistas se limitan a conocer —a procesar información— y si están ocupados en cualquier otra actividad lo único que le interesa al psicólogo cognitivista es en qué medida el conocimiento influye sobre ella.

Mi objeción tiene una doble vertiente. Por un lado la afición a la psicología en nuestro tiempo se justifica porque sobre ella se apoya una profesión y por tanto una práctica en alguna medida terapéutica. Y aunque el cognitivismo ha obligado a caer en la cuenta de la importancia de los procesos cognitivos en cualquier proceso terapéutico es evidente que una terapia no se puede basar exclusivamente en un modelo del hombre de este tipo.

Desde una perspectiva teórica me resisto a conceder al conocimiento el papel exclusivo que tiene en el cognitivismo pero más todavía me resisto a concederle el papel originario que tiene en el cognitivismo. Piaget, que por su dedica-

ción al conocimiento en pleno auge del conductismo puede hacer figura de antecedente del cognitivismo, se propuso desde el comienzo de su carrera averiguar cómo surgía la inteligencia en los individuos y en la especie a partir de los comportamientos más elementales y en último tiempo cómo se constituía la inteligencia a partir de la acción. Y nuestro Ramón Turró, menos conocido pero en este punto no menos original, pretendía igualmente mostrar cómo es la acción dirigida a satisfacer las necesidades primarias la que da origen al conocimiento.

Todo conocimiento, sea una percepción, una imagen, un concepto, un signo o una palabra, implica una referencia a algo conocido como distinto del acto de conocer y del sujeto que conoce y esta distinción implica o genera la conciencia. Hasta aquí el cognitivismo. Pero si admitimos la raíz activa del conocimiento entonces la intencionalidad empieza por ser una anticipación mental del término de la acción. Antes que por la vista el niño empieza a conocer la distancia, las dimensiones y la forma de los objetos por los movimientos del brazo, de la mano y el movimiento implica distinción entre el sujeto que se mueve y la anticipación del movimiento terminado. E incluso en la vida adulta cuando el hombre posee un conocimiento relativamente organizado y coherente del mundo en el que se mueve raramente su conocimiento de las cosas y de las personas es pura contemplación objetiva y desinteresada, y normalmente conocemos en función de nuestros intereses y de nuestra actividad. El haber reducido la intencionalidad del comportamiento a la intencionalidad intemporal del conocimiento me parece el pecado original del cognitivismo.

Explicación cognitiva y explicación genética

Al comienzo del poema épico de Goethe Fausto medita sobre la frase del Evangelio de San Juan «Al principio era el Verbo» y después de intentar traducirla por: «Al principio era el logos» se decide finalmente por: «Al principio era la acción». También nosotros, como acabo de decir, podemos optar entre el primado de la acción y el primado de la inteligencia pero dándonos cuenta de que al elegir elegimos entre dos tipos de explicación. Decidirse por el primado de la acción equivale a optar por una explicación genética de la conducta inteligente del hombre, mientras situar a la inteligencia como un dato previo significa optar por una explicación formal e intemporal o si se prefiere innatista. Rivière recuerda cómo Fodor, siguiendo a Chomsky, insiste en que el innatismo es consubstancial al cognitivismo: «Si el aprendizaje es un proceso computacional —un proceso definido sobre símbolos mentales— estos símbolos mentales tienen que proceder de alguna parte, si son aprendidos los símbolos que median ese aprendizaje deben proceder a su vez de algún lugar. Tarde o temprano este retroceso deberá detenerse. Cualquiera que sea el punto en el que nos detengamos se acepta ipso facto que no es aprendido... Dado que el nativismo comprensivo forma parte del precio que hay que pagar para tener una teoría computacional/representacional de la mente no queda más remedio que pagar este precio». Explicación genética

y explicación formal son dos posturas opuestas para explicar el mismo tipo de fenómenos. Las dos son perfectamente defendibles y lo que se trata en todo caso es de decidir cuál de las dos es la que nos parece más adecuada para enfrentarnos con la realidad humana. (Es cierto que en el cognitivismo se habla también de «génesis» y ahí está la gramática generativa pero se trata de una génesis lógica y no una causalidad real.)

A mediados del siglo pasado Augusto Comte, el fundador del positivismo, en su clasificación de las ciencias eliminaba la psicología por una razón que a él le parecía evidente, todo lo que científicamente podemos decir sobre el hombre o lo explicamos desde la fisiología o lo explicamos desde la sociología, lo que equivale a decir que no hay una explicación específicamente psicológica. Confieso que hubo un tiempo en que le daba muchas vueltas a esta afirmación hasta que llegué a la conclusión de que la psicología como ciencia sólo podía justificarse empezando por mostrar cómo un organismo se convierte a la vez en social y en inteligente y por tanto que la explicación propiamente psicológica era la explicación genética.

Claro que una cosa es destacar la importancia de este tipo de explicaciones y otra muy distinta estar en condiciones de ofrecerlas. Es cierto que el panorama no es muy brillante. Piaget es un buen ejemplo de psicólogo genético pero la génesis de la inteligencia tal como él la expone requiere sólo el contacto del niño con las cosas, algo así como la psicología genética de Robinson. Y más de una vez he recordado cómo en *El filósofo autodidacta*, que escribió Aben Tofail en Guadix allá por el siglo XI, se cuenta la aventura de un niño abandonado al nacer en una isla desierta que no sólo logra sobrevivir y familiarizarse con el mundo que le rodea sino ir deduciendo conocimientos hasta llegar a formular una física y una metafísica que no por casualidad coincide con la de Aristóteles, e incluso una teología mística de corte platónico. Y la pregunta que necesariamente se nos ocurre es: ¿pero cómo podía formular una doctrina científica si no sabía hablar porque nunca se había comunicado con nadie?

Parece evidente que no se puede hablar del origen de la inteligencia sin hablar al mismo tiempo del origen del lenguaje y que éste a su vez implica la sociabilidad. Y que lo difícil es explicar la génesis de la sociabilidad a partir de un organismo biológico. Vygotski ponía el punto de inflexión en el lenguaje. Wallon con una propuesta más radical y más lógica lo veía en la interpretación del movimiento corporal como gesto. Pero ni uno ni otro fueron mucho más allá de estas primeras afirmaciones.

Con lo cual aparentemente me he alejado del libro de Rivière pues ya ha quedado claro que el cognitivismo renuncia a cualquier explicación de este tipo. Pero ¿hasta qué punto es posible mantener esta renuncia?

Rivière se refiere con detalle a una crisis del cognitivismo que marcó el paso de una primera etapa «sintáctica» a otra calificada de «semántica». Crisis que justifica, por ejemplo, con la incapacidad de demostrar desde la psicología las reglas formales de transformación de la gramática generativa o con los estudios de los errores en los razonamientos silogísticos. Igual o mejor podría haberla justificado desde el estudio del lenguaje infantil.

Las opiniones de Chomsky sobre el origen del lenguaje en el niño parece

que deberían haber disminuido el interés por los estudios sobre el lenguaje infantil pero ocurrió justamente lo contrario, una floración de estudiosos simpatizantes con la postura de Chomsky se dedicaron a recoger muestras de lenguaje infantil para demostrar que en cada momento de su evolución el conjunto de lo que dice el niño tiene un sistema gramatical coherente y era tarea de los investigadores el describir estas sucesivas gramáticas. Pronto, sin embargo, quedó claro que para explicar esta evolución los datos estrictamente formales —gramaticales— no bastaban y que muchas veces era el contenido de lo dicho, su intención significativa, lo que explicaba los cambios y la evolución. Y así los investigadores del lenguaje infantil pasaron de utilizar exclusivamente explicaciones «sintácticas» a añadirles o sustituirlas por explicaciones «semánticas». Pero perfectamente podían haber dado un paso más y algunos, así Brunner, lo han dado. Las intenciones comunicativas del niño, los esfuerzos del niño por hacerse entender de los demás, no sólo influyen en sus progresos lingüísticos sino que determinan la propia adquisición del lenguaje verbal. Antes de empezar a hablar el niño ya se comunica con los que le rodean y entre la etapa de comunicación gestual y los comienzos de la comunicación verbal hay una plena continuidad funcional. Explicar esta continuidad desde el cognitivismo no parece nada fácil y menos todavía el aclarar cómo desde el comienzo el niño se abre a la comunicación con los demás.

Y lo que he dicho sobre la adquisición del lenguaje podría aplicarse a su interiorización. Ya sé que el lenguaje interior que interesa a los cognitivistas, el del libro de Fodor, es algo muy distinto y no seré yo quien niegue su importancia, pero el lenguaje interiorizado, el lenguaje privado si se prefiere, con el que nos hablamos a nosotros mismos y del que somos conscientes, es perfectamente real y perfectamente importante y resulta un poco duro verlo relegado al conjunto de «creencias y deseos» que pueden regular la conducta pero que caen fuera del interés de la psicología científica.

No quiero insistir en esta dirección porque sé hasta qué punto Rivière, que tan a fondo conoce Vygotski, es sensible al tema de la génesis sociocultural del individuo humano y al papel que juega el lenguaje en esta génesis. Creo que ello explica el cuidado y el cariño con que trata de la psicología natural que según él se articula en torno a los conceptos de persona y de intención (p. 169) y la insistencia en integrar las ideas evolucionistas de Humphey («La reconquista de la conciencia. Desarrollo de la mente humana») en su exposición del conexionismo pero yo, honradamente, pienso que desde una perspectiva cognitiva lo único que se puede decir es que el hombre está naturalmente dotado para pensar sobre sí mismo y es capaz de atribuir a los demás características mentales. Intentar explicar desde el cognitivismo el porqué de esta disposición natural es salirse de las reglas del juego.

Colofón

Todo lo que he intentado sugerir hasta aquí es que el cognitivismo limita abusivamente el campo de la psicología reduciendo el comportamiento humano

a los aspectos que se adaptan a sus planteamientos. Pero quizá toda mi argumentación era inútil porque un cognitivista consecuente no tiene inconveniente en aceptarlo y el propio Ángel Rivière aporta un testimonio suficientemente explícito: «Si uno está de acuerdo con Fodor en que el objetivo de la psicología cognitiva es representar procesos psicológicamente reales que se dan en las personas, y puesto que la adscripción de creencias y deseos sólo está indirectamente relacionada con tales procesos, bien podemos decir que creencias y deseos no son objetos propios de estudio de la psicología cognitiva. Dicho de otro modo, las teorías cognitivas son, o deben ser, teorías del nivel subpersonal, en que desaparecen las creencias y los deseos para ser reemplazados por representaciones de otros tipos y sobre otros temas» (Dennet, 1978). O para decirlo más claro, los «objetos con mente» conocen pero no son personas. Y Rivière añade por su cuenta que de los aspectos personales no es posible una «explicación» aunque sí una comprensión en el sentido en que Dilthey hablaba de la comprensión como método propio de la psicología. Con lo que se reintroduce un dualismo en el corazón mismo de la psicología.

Con esto llego al final de este excesivamente largo comentario repitiendo lo que decía al principio, Ángel Rivière ha escrito un libro notabilísimo justificando una determinada manera de entender la psicología cognitiva. Se puede pensar que la pintura que hace de la evolución del cognitivismo está simplificada y que el cognitivismo en la actualidad presenta un panorama muy variado en el que es difícil señalar cuál es la dirección principal. Y se puede dudar de que el conexionismo sea efectivamente su eje de marcha. Pero esto no es una objeción, Ángel Rivière ha escrito un libro comprometido y es lógico que lleve el agua a su molino, lo único que hay que pedirle es que lo haga enseñando sus cartas y jugándolas a fondo y ciertamente lo hace.

Como cualquier argumentación, la suya tiene unos supuestos. El primero que la actividad mental es siempre una actividad cognitiva y que el conocimiento se explica por unos paradigmas formales. El segundo que el conocimiento se caracteriza por la intencionalidad. La intencionalidad es así la noción clave del libro, y no sólo del libro, pues para Rivière es también la noción clave del cognitivismo y toda su historia puede resumirse como una agonía, en sentido de una lucha, entre intencionalidad y forma, como un esfuerzo por dar un sentido claro a la intencionalidad. Y con la intencionalidad aparece la conciencia. Y la gracia del conexionismo consistiría en que permite hablar con sentido no sólo de intencionalidad de la mente sino de la intencionalidad de ciertas máquinas e incluso de la intencionalidad de la actividad cerebral. Y es respecto de la intencionalidad así entendida que he intentado marcar mis diferencias. En mi opinión la intencionalidad antes que la relación del conocimiento a lo conocido es anticipación del término de la acción o del deseo o de cualquier otra actividad «mental» de un sujeto. Y porque la intencionalidad es anticipación, la conciencia surge desde sus comienzos como conciencia temporal, anticipando el futuro desde la experiencia pasada, lo que contrasta agudamente con la intemporalidad típica de las explicaciones formales. Lo que es otra manera de formular la oposición entre explicaciones genéticas y explicaciones cognitivas. Aunque ya me doy cuenta de que al hablar así estoy remando contra corriente.

Y una última observación, totalmente independiente de lo dicho hasta aquí.

En algún lugar del libro Rivièrre recuerda, casi de puntillas, que la intencionalidad no sólo se refiere a algo que es conocido sino que implica también un sujeto —un yo— que conoce y la subjetividad sería así una característica fundamental de los «objetos con mente». Pero ¿cómo conocer a este «yo» si en la medida en que lo hacemos objeto de conocimiento deja de ser «yo» para convertirse en «objeto de conocimiento del yo»? El argumento es impecable y tampoco tiene sentido apelar a una transparencia mítica del sujeto. Pero una vez aceptada esta limitación intrínseca de la psicología como ciencia parece que estaría justificada una reflexión metacientífica sobre la extraña naturaleza de una ciencia que por principio no puede abordar el núcleo central del objeto de sus desvelos. Por supuesto ningún psicólogo serio se atreve a adentrarse por estos caminos que bordean peligrosamente la filosofía. Pero resulta curioso observar cómo en la misma época en que los psicólogos no se atreven a sacar los pies del laboratorio, los físicos teóricos, con la mayor tranquilidad del mundo, discuten sobre la naturaleza última de sus conceptos básicos más allá de toda experiencia posible. Quizás un poco más de audacia no nos vendría mal a los psicólogos.